



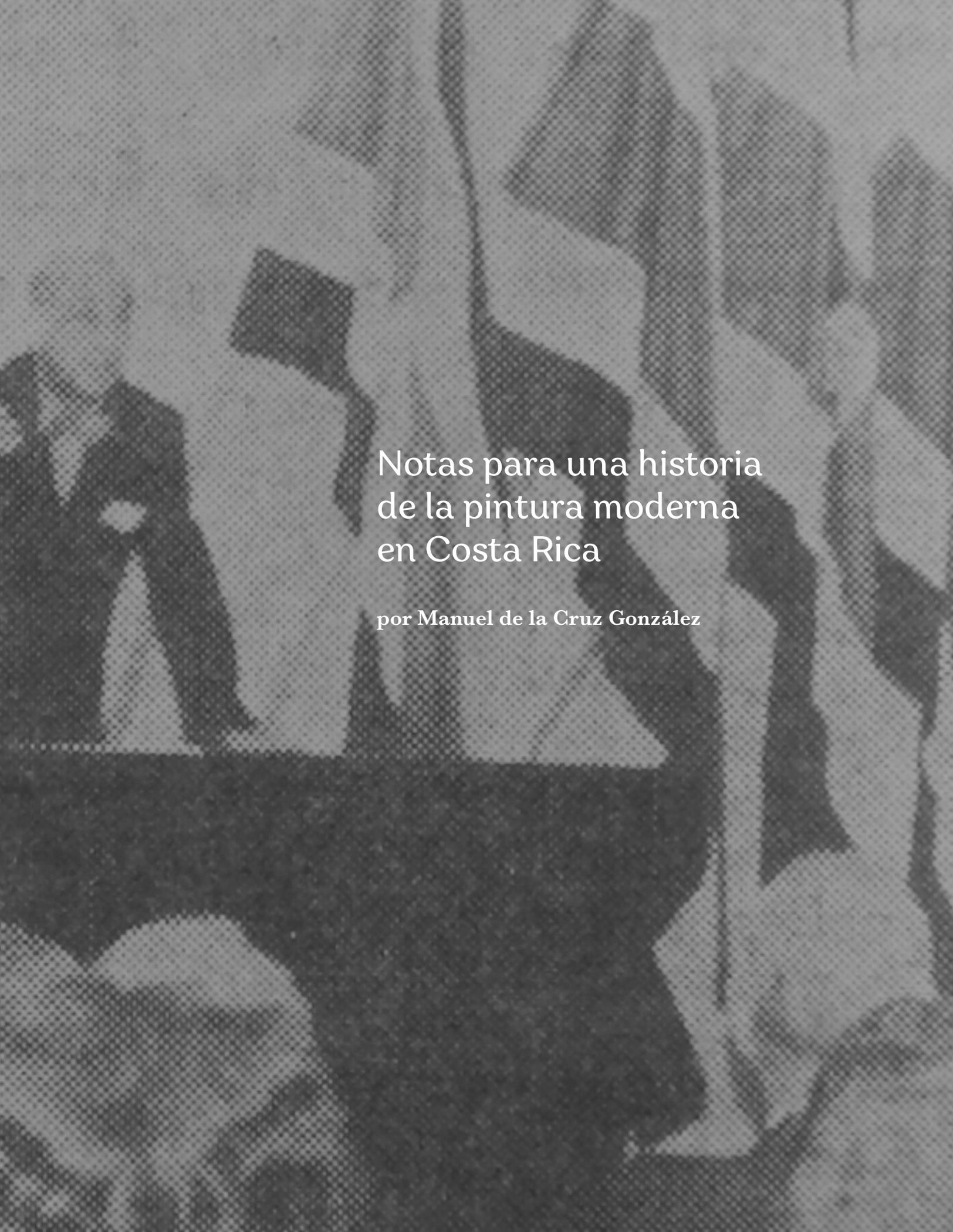
MUSEO NACIONAL
DE COSTA RICA

Notas para una historia de la pintura moderna en Costa Rica

por Manuel de la Cruz González

Boletín #24 de la Asociación Amigos del Museo. - Setiembre 6, 1966
MUSEO NACIONAL DE COSTA RICA





Notas para una historia
de la pintura moderna
en Costa Rica

por Manuel de la Cruz González

Viernes 11 de Noviembre de 1966

MUJER Y HOGAR

ASOCIACION AMIGOS DEL MUSEO ULTIMA REUNION DEL AÑO

La Asociación Amigos del Museo tendrá el próximo martes su última reunión del año. El Tema estará a cargo de Manuel de la Cruz González y disertará sobre "Arte Moderno en Costa Rica".

Por lo atractivo del tema estamos seguros que estará muy concurrida, además se conocerá de las

sugerencias o programa de actividades para el año 1967.

En la reunión pasada del martes 1º de noviembre se sugirió que se escogieran temas sobre historia y arqueología del Perú, otros lugares del Sur como también del Norte como México, Guatemala, etc.

JUEVES 17 DE NOVIEMBRE DE 1966

PÁGINA SESENTA Y OCHO

"LA NACION"

Última reunión de la Asociación Amigos del Museo



En el lugar acostumbrado, Museo Nacional, tuvo lugar el martes pasado, en horas de la noche, la última reunión del año de la Asociación Amigos del Museo, con la participación del Prof. Manuel de la Cruz González, quien dictó a los asistentes una conferencia sobre "Notas para una Historia de la Pintura Moder-

na en Costa Rica". La pieza del mes y otras de la colección del Lic. Máximo Acosta S., quedaron en la sala para ser admiradas por el público que visitó el Museo. En la gráfica el Prof. de la Cruz, cuando hacía uso de la palabra.

SOCIALES

por Myriam Francis

Conferencia en el Museo Nacional



El caballero don Manuel de la Cruz González hizo una interesantísima disertación sobre la pintura moderna, en el Museo Nacional, invitado por la Asociación de Amigos del Museo. Falta de espacio nos impide hacer un resumen de la charla del Sr. González, que cautivó a la concurrencia. En la gráfica, el conferenciante al ser presentado al auditorio por doña Doris de Stone.

* Nota para el lector:

Para respetar las anotaciones originales del manuscrito realizado por Manuel de la Cruz, en la presente transcripción se mantuvieron las palabras tachadas y las palabras escritas a mano de forma *cursiva*.

INTRODUCCIÓN

Consideraciones generales

Suele acontecer que ciertos espíritus muestran desconfianza, una suerte de temor, de prevención, contra todo lo nuevo, distinto, renovador.

Estos espíritus se habitúan a su estado, se conforman con su suerte, se apegan a la costumbre y al mismo trillo. Un sentimiento acomodadicio, de pereza mental, de mal entendido respeto que los hace pasar de largo de todo aquello que es distinto. Cuando lo diferente aparece, se le mira de soslayo, no se tiene el valor de encararlo, escudriñarlo, de asimilarlo, pero simultáneamente, el lastre conservador que le impide erguirse ante el suceso, se fuga en forma de menosprecio, se defiende con la burla o el ataque pseudo intelectual. Es el camino de menor resistencia, el seguir siendo, el continuar cómodamente en lo mismo.

Este fenómeno se agudiza cuando se trata de cosas del espíritu o del intelecto. Lo más cómodo es seguir repitiendo lo que por años y años se ha repetido. Lo que ya está resuelto, lo que no exige ni desvelo ni esfuerzo, se confían en suma a sus conocimientos del pasado.

El arte como manifestación de esta índole cae dentro de esta órbita y así, vemos a las gentes opinar, contradecir, resistirse, condenar en suma aspectos que jamás ha estudiado por falta de interés, oportunidad u obediencia a ese fatal karma al que nos hemos referido.

Y sin embargo, nada más ilógico y antinatural. En lo que al arte se refiere, tanto como a todas aquellas manifestaciones que representan el desenvolvimiento y progreso de la humanidad y la cultura en sus múltiples aspectos, no podría subsistir sin los constantes impulsos renovadores que registra la historia. Su detención significaría su muerte, y la estabilización su tumba. Cada época histórica supone una revolución, cada paso del hombre hacia adelante, un osario del pasado. El hombre no puede vivir entre cadáveres so pena convertirse en cadáver él mismo, busca la vida, se aferra a ella y la vida es renovación constante, constante refluir hacia adelante. El arte es producto de una intensa vivencia y como tal no puede, ni se sustrae a la avalancha evolutiva. “En el arte, como decía Gauguin, no hay más que revolucionarios y plagiarios” y este acerto concluyente no hace más que corroborar el pensamiento de quienes como Paul Valéry ha escrito: “Hay en el espíritu yo no sé que horror a repetición. Lo que se repite en nosotros, jamás pertenece al propio espíritu. El espíritu tiende a no repetirse jamás; repugna la reiteración aunque le acontezca repetirse accidentalmente.” Y Rémy de Gourmont: “Uno de los elementos del arte, es lo nuevo, -elemento tan esencial que casi constituye por sí solo el arte mismo-, tan esencial es, que sin él como acontecería con un vertebrado sin vértebras, el arte se desmorona y se licúa en una gelatina de medusa como la que el refluo abandona sobre la arena”.

Filósofos, poetas y artistas están acordes en la actitud renovable del arte. La realidad es cambio, “la realidad es la movilidad misma”, según frase de Bergson, “para un ser conciente, existir consiste en cambiar, cambiar en madurar, madurar en crearse definitivamente en sí mismo”.

¿Significan el arte moderno y sus postulados una auténtica revolución? ¿Un genuino avance?. Como veremos más adelante, el arte moderno conceptual y formalmente representa una auténtica sacudida a los estratos telúricos del espíritu traducida en una mayor amplitud de miras, en una más seria y profunda actitud mental, en una transformación y rescate del mismo, en una total innovación en la forma de mirar y de sentir.

Es más, sin pecar de exagerados, podemos afirmar que la revolución moderna del arte, que arranca desde sus orígenes impresionistas, representa la más grande sino la única revolución verdaderamente digna de calificarse como tal que ha contemplado toda la historia del arte en todas sus épocas y localizaciones geográficas. Aún cuando la secuencia histórica que marca sus hitos se desenvuelve en secuencia rítmica y acorde, sus efectos se diferencian constitucionalmente de todo cuanto construyó el hombre en el pasado. Lo que ha variado es el concepto, la manera de entenderlo y la forma de sentirlo aún cuando todavía nos debatamos por la forma de expresarlo. Es este precisamente el origen de tantos ismos y tantas búsquedas, la razón de sus vidas efímeras, de sus variantes facetas, de su rebullir vital y pujante; el concepto los unifica, la ley natural los coacciona, el rasero revolucionario los iguala, solo la forma los diferencia.

A partir del formidable cataclismo cubista y con él, el arte había descubierto la nueva forma, el nuevo acento, una distinta manera de pulsar las fibras sensoriales del hombre. Nos diferenciamos entonces del pasado.

El arte de nuestros días, apela fundamentalmente a la inteligencia. Sin dejar de ser eminentemente humano, implica un sentido de elevación, su única razón de ser. Es más cerebral que sensual. Apollinaire habló de la pintura pura, sin recursos ajenos o aditamentos extraños y aludiendo a la visión conceptual más que a la captación sensorial, aducía esta frase de Kant: "Los sentidos solo nos dan la materia del conocimiento, mientras que por el contrario, el entendimiento nos da la forma. Ya Platón había dicho: "Los sentidos solo perciben lo que pasa; el entendimiento lo que permanece." Y el gran Leonardo Da Vinci escribió: "La pintura es cosa mental".

Enfocado así, el arte de la pintura tiende a ser algo más que un simple adorno, no actúa en función de algo, sino en la suya propia. Si el arte hubiese constituido un simple placer, un efímero adorno de actualidad no hubiese merecido el rango que ha ocupado en la historia del desenvolvimiento de la humanidad, ya que él mismo es historia, la historia misma del hombre. El arte es algo más serio, más fundamental, más constituido. No es superficie sino profundidad y como ya dijeron los modernos, no pintoresco sino pictórico. Los más grandes espíritus de la humanidad, las inteligencias más altas, los hombres más dignos y cultos en cualquiera de los aspectos que componen la civilización, lo han sentido, lo han respetado, lo han acatado. Filósofos o científicos, exploradores o militares, santos o epicúreos todos los más *exquisitos dilectos* hombres de todos los tiempos, han podido escapar a su influjo.

Pese a su actitud eminentemente cerebral, es posible sostener que el arte, la pintura abstracta, por ejemplo, es simple de comprender, fácil de sentir. Basta dejarse llevar por él, sin ofrecer

resistencia, entregarse a la pura y automática delectación de las formas puras y los colores enteros. Las emociones que de este como nirvana etereo dimanaban, son incomparables. Pero es necesario no tratar de ver lo que no hay, hacer abstracción total del pasado, -por otra parte ya sin vigencia- y simplemente ver. Y abierta esa ventana maravillosa del alma, dejarse llevar envuelto en sus puras armonías, en sus serenas o agresivas concepciones, tal y como lo hacemos con los atardeceres o las melodías.

Las razones que podría aducir en beneficio de este acerto son múltiples y de caracteres diferentes, pero es necesario que puntalicemos primero, que es el arte abstracto. ¿Quién lo inventó?. ¿Por qué hay gentes que lo toman tan en serio?. ¿Cuándo comenzó? ¿Dónde? ¿Por qué no todos podemos comprenderlo? ¿Es por la ventura cosa de locos o mixtificadores? En fin, esa serie de preguntas que se hacen las gentes frente a estas enigmáticas telas desconcertantes, cubiertas de rayas o manchas, de triángulos, rectas o curvas, esas pinturas sin marco, esos móviles colgantes, esas esculturas “disformes” que ha suplantado con insolencia y agresividad, hijas de la mala educación, las Venus de yeso, los cromos de almanaque o las músicas “divinas”. Esos arcoiris restallantes de color, de formas dislocadas y convulsas que han venido a ocupar el sitio de las ovejitas en la pradera, los claros de luna emocionantes, las pastorcitas como vírgenes, sonrosadas y sanas, siempre felices y sonrientes, siempre llenas de optimismo y bondad; esos bodegones caseros preñados de sabrosas peras o succulentas piñas que están como para comérselas o esos ramos floridos cuajados de rosas hermosas y perfumadas, cuando no aquellos panfletos socializantes de fines y principios de siglo en que aparecía el padre borracho, -el gran canalla! empujando la puerta de su mal oliente tugurio, mientras una madre escuálida, toda vestida de negro, abraza convulsa a sus hijitos hambrientos. O bien el cuadro de pecadores que rodean al hijo muerto, mientras el padre anciano enjuga sus redondas lágrimas -Dios guarde faltaran lágrimas- y arrodillándose frente al cadáver exclamaba: Y aún dicen que el pescado es caro”...o algo por el estilo. En fin cómo es posible que todo eso tan hermoso, tan dulce, tan sentimental, cediera su sitio a los rombos y los cuadros. ¿Cuándo ha visto usted un triángulo llorando o un rombo contando una romanza de ópera? Por qué todo eso pasó y se amontona en los anaqueles de los anticuarios cuando no en los desvanes de los trastos viejos, es lo que trato de explicarles esta noche.

NOTAS PARA UNA HISTORIA DE LA PINTURA MODERNA EN COSTA RICA

por. Prof. Manuel de la Cruz González

Boletín #24 de la Asociación Amigos del Museo. - Setiembre 6, 1966

He titulado el presente trabajo “intento o notas para una historia de la pintura moderna en Costa Rica”, por varias razones. Entre ellas porque carecemos de archivos o fuentes de información que nos permitan dar un apoyo cabalmente histórico a los hechos, algunos catálogos de exposiciones y algunas crónicas periodísticas que no siempre responden a la verdad, no son suficientes y en ellas, -además, se encuentra ausente el hecho humano, a mi juicio lo más importante.

Así mismo, la proximidad de los sucesos, 30 años escasos, - casi todos los actores viven aún y aún producen -, impide una justa valoración histórica, la proximidad de los hechos deforma sus contornos y la intervención pasional puede enturbiar la justicia.

Por otra parte, los límites que necesariamente impone una conversación simple sobre un tema como este, omite o roza *apenas* aspectos que podrían ser de capital importancia y que en realidad lo son cuando se trate de escribir una historia formal de la pintura en Costa Rica.

Trataré sin embargo, de ser lo más objetivo posible y si cometiera errores a todas luces involuntarios, ser deben a causas ya apuntadas y además porque el único bagaje con que cuento son mis modestas posibilidades y mi memoria. De ante mano pido el perdón que espero me conceda.

Trataré he de pedir excusas a Uds. porque tendré que hablar de mi mismo o de personas muy allegadas a mí, no me queda más remedio porque he sido testigo presencial de esa historia que intento confrontar. Contando con la benevolencia de quienes me hacen el honor de escucharme, entro en materia.

“Nadie puede bañarse dos veces en las aguas de un mismo río” escribió Heráclito, y esto es especialmente evidente en lo que al arte se refiere.

El arte es vida y como tal fluye y refluye en constante devenir, en perpetuo movimiento. Sin embargo, este palpitar no constituye una forma de ir sucesivamente renegando de si mismo porque ello significaría renegar de la vida, su esencia.

El asunto de las revoluciones artísticas, tomada la palabra revolución en su estricto sentido, pone de manifiesto que el arte en determinados momentos echa mano de antiguos elementos para convertirlos en puntos de apoyo para el avance. Nada es nuevo y todo puede ser nuevo.

Sin Velázquez o Goya no existiría el impresionismo o se habría retrasado; sin el Greco no habría Cézanne y a su vez sin Cézanne no hubiera cubismo etc. y en resumen, sin los venecianos o el cuatrocento italiano no habría pintura. Estas evoluciones revelan de inmediato los antecedentes históricos que van engargando los antecedenres telúricos parejos a la evolución de todas las manifestaciones humanas.

El arte pues, evoluciona retrocediendo y avanzando y cada avance propone un descubrimiento, una novedad condicionada por la evolución histórica científica, política o social. Por eso la primera condición del arte es la de ser fiel a su tiempo, por eso también cualquier obra de ultra vanguardia, puede ser reducida a los más rigurosos cánones clásicos. Varía la caligrafía y el modo de entenderla o expresarla, pero el lenguaje humano y la fuerza cósmica son los mismos. Naturalmente existen rupturas estridentes y circunstanciales de período a período, de época a época que precisan el incesante afán de búsqueda, la autenticidad vital del arte y que su detención, el estancamiento de este discurrir significaría su muerte en un inevitable ámbito académico asfixiante y fatal.

Lo que caduca no es el equilibrio sino la fragilidad humana del concepto y por esto la autenticidad del arte y su honestidad se fundamente en la realidad histórica.

Si el arte de nuestros días corre incesante y anhelante; si se suceden los “ismos” vertiginosamente desplazándose unos a otros apenas al nacer; si los “informalistas”, los “pops” o los “ops” de nuestros días se proclaman por el antiarte, no constituye ello una falla del arte propiamente dicho, sino de la inconsistencia de una época plagada de ápices cruciales. Los melencidos, los barbudos, los “rebeldes con causa”, los “beatnicks”, los monobiquines, las minifaldas, *los happenings*, la estridencia social, en suma, no obedecen al simple capricho de unos cuantos o a una moda pasajera, obedecen a un estado de cosas que pone de manifiesto la tremenda fuerza incontenible que gravita amenazante sobre la humanidad: la destrucción de los mitos y mentiras por la búsqueda de la verdad y la libertad. El derecho a vivir y el derecho a pensar independientemente de las mil farsas pululantes, es decir el derecho de ser. Crisis de valores y de fé, crisis de humanismo, inseguridad y angustia, injusticia y escarnio, he aquí los signos de la época. El arte, *arte de la angustia*, según las sabias palabras del político y esteta norteamericano Adlai Stevenson, “la única manifestación humana sin sospechas”, el arte repito, asqueado, se repliega en sí mismo, se consume en el alma y desde allí se manifiesta en gritos de protesta resistiéndose a repetir lo externo que lo avergüenza, lo humilla en su condición humana y le produce náuseas. No se trata de una huída cobarde, es un protestar a su manera. A veces es una carcajada despectiva como el pop-art, a veces un arañarse desgarrante como los neo-surrealistas y neo-dadaístas, o *neo-figurativos*, en resumen un nihilismo desesperado que propone destruirlo todo echando mano de todo, para construir una humanidad distinta recreándolo todo. El arte, vital y pujante como nunca, también lanza su voz bronca y estridente cumpliendo la parte que le toca en el desarrollo y mejoramiento de la humanidad y lo hace a través de la crueldad desnuda y no de las lindezas convencionales del pasado.

La batalla no es de hoy, aparece con la muerte llamada “bella epoque” sepultada para siempre y durante cuarenta o cincuenta años ha continuado en creciendo abrumador. Libertad,

libertad. Verdad, verdad, esa es la consigna. La vida es la muerte, nada que no tenga vida puede morir.

Costa Rica y sus hombres, Costa Rica y sus artistas no podían, ni pueden aunque lo quieran sustraerse a un tremendo influjo universal que ha borrado todas las fronteras espirituales creando un inmenso problema común: el problema del hombre de hoy y de mañana.

Ya no podemos pintar ovejitas por que nos recuerdan el degolladero. Ya no podemos pintar succulantos bodegones por que nos recuerdan el hambre. Los nuevos sentimientos, los nuevos símbolos, las nuevas necesidades no pueden expresarse con grafismos caducos por convencionales, anti-históricos por inadecuados. Nuevos materiales, nuevas técnicas, nuevos hombres en suma, un lenguaje más justo y universal. Jamás el arte ha sido más del hombre y para el hombre que hoy.

Si observamos las obras de la pintura actual, las mejores, por lo menos, notamos de inmediato un lirismo triste o sarcástico fluye de ellas en busca de las fibras más recónditas y vírgenes de la sensibilidad humana, hecho que algunos ignorantes califican de afán desmedido de originalidad cuando en realidad se trata de un constante ensayar de las más directas vías de comunicación, Diógenes revivido en busca del hombre.

El lenguaje puede a veces ser confuso para los no acostumbrados y los desconfiados, todo lo que no se conoce se torna sospechoso, pero quienes seriamente se ocupan de ello, de inmediato sienten la honorable verdad que mana de ellas, la belleza recién descubierta tan pura y cierta como la de siempre, la eterna, la indestructible. Esto no significa, naturalmente, que una obra de vanguardia sea de calidad simplemente por serlo, pero, querámoslo o no, opóngase quien se opusiere este arte pasará a ;a posteridad como el más genuino resplandor de nuestro tiempo.

El panorama plástico costarricense anterior a los años 30 es pobre en valores y escuálido en obras. Si después de esta época no aparecen tampoco pintores de gran fuste, por lo menos se advierte una mejor y más cabal actitud respecto al arte.

Del siglo pasado apenas sí podemos anotar dos o tres nombres de prestigio y extranjeros en su mayoría. Bigot, Páramo, Povedano entre estos últimos y Echandi y De la Guardia entre los nuestros.

Hacia finales de la década de los veintes aparecen dos figuras jóvenes y genuinamente costarricenses imbuidos de un nuevo concepto de la pintura. Son ellos Emilia Prieto y Francisco Amighetti que trasuntan en algunas pinturas y dibujos un lejano reflejo del Monparnasse jefado por Picasso y los cubistas que por entonces espantaban a los burgueses púdicos.

Poco después se establece en el país la pintora holandesa Doreen Vanston de Padilla, portadora de un mensaje procedente de una forma expresionista que Franz Roh había llamado "Realismo mágico". Junto con sus pinturas nos trajo también las obras de Stravinsky y la

inquietud de renovación que recorría Europa. Discos musicales, dibujos de Fujita, conversaciones convincentes y apasionadas y sus obras con aires de fronda, dejaron abiertos muchos pechos juveniles.

Se polemizó mucho sobre ella, especialmente el General Jorge Volio, el reformista impenitente y el periodista nicaragüense residente entonces entre nosotros, Salomón de la Selva hombre de gran sensibilidad, de solidez intelectual y vasto acerbo cultural. Recuerdo con especialidad la pugna pública suscitada por un cuadro de Vanston expuesto en el Teatro Nacional, irónico y cruel, en el que aparecían unos bueyes entrando por la puerta principal del colegio “San Luis Gonzaga” de Cartago, cuyo director era por entonces, si mal no recuerdo, un exquisito costarricense, Don Elías Leiva.

Al consignar este hecho no puedo menos que dedicar un justo recuerdo a dos distinguidos periodistas convertidos por entonces en verdaderos paladines del arte joven: Abelardo Bonilla y José Marín Cañas quienes liberaron sendas batallas en defensa y publicidad de los nuevos valores.

Por esos mismos años el espíritu insólito de Teodorico Quirós Alvarado, (Quico), a quien con justicia se ha llamado el “padre de la pintura en Costa Rica”, imprime con la organización tenaz e inquebrantable de las Exposiciones Nacionales de Artes Plásticas anuales que se realizaron en el foyer del Teatro Nacional entre la admiración de las gentes y la ronca voz de don Octavio Castro Saborío administrador del teatro, con su voz de aliento que jamás escatimó el elogio tal vez no merecido, su búsqueda incesante de nuevos valores, imprime un giro decisivo a la plástica costarricense.

Es entonces cuando aupados y considerados por primera vez en la historia del país un grupo de jóvenes artistas, pintores y escultores se lanza definitivamente con seriedad y con pasión a la conquista de la plástica. De entre ellos, muchos prosiguieron hasta nuestros días haciendo verdadera profesión de su arte. Otros cambiaron el rumbo. Exposiciones metódicas, reforma de la Escuela de Bellas Artes, nacimiento de una verdadera pintura global e integral realizada por costarricenses son algunas de las conquistas realizadas entonces y que justo es repetirlo, se debieron principalmente a Teodorico Quirós.

Se escuchan entonces los nombres de Francisco Zúñiga, hoy residente en México, pintor y dibujante de grandes méritos, escultor de talla universal, maestro de maestros que ha dado brillo al expresionismo mexicano siendo considerado hoy como uno de los más altos valores de la escultura en ese país. Zúñiga es sin duda el más completo de los artistas plásticos que ha producido Costa Rica. Juan Manuel Sánchez, también escultor inclinado al cultivo de un arte arcaizante americano de sabor indígena o precolombino que ha sabido actualizar con certeramente de verdadero artista. Gonzalo Morales Alvarado, apegado a las normas clásicas tradicionales, retratista de innegables méritos. Francisco Amighetti, grabador, insigne, pintor de finísimo dibujo y sensible color, exegeta incansable, poeta y escritor íntimo y humano. Luisa González de Sáenz hoy surrealista y ayer ~~cortera~~ pintora costumbrista. Raúl Guzmán, Carlos Salazar Herrera, Gilbert Laporte, José Francisco Salazar aún hoy enamorado de la forma, académico ortodoxo, ~~retratista certero~~, cuyo paso por la Escuela de Bellas Artes dejó

honda y beneficiosa huella al convertirlo en un centro activo y vital. Solera de Alajuela, *Paco Ruíz*, Manuel de la Cruz González y otros.

He de advertir que no hago crítica ~~honda~~ de estos pintores, simplemente me limito a consignar sus nombres como corresponde a impulsores del arte en nuestro modesto medio.

De entre todo este grupo que se distinguió por su unidad de propósitos frente a la cultura aún cuando cultivasen diferentes formas de expresión, algunos han arriado las banderas de la vanguardia para dedicarse a formas más acordes con su sensibilidad, mientras otros transitamos aún por los ásperos senderos de la búsqueda inagotable.

Junto a ese grupo de artistas nacionales es necesario citar también a dos pintores alemanes, don Emilio Spam y Carlos Menghius que también dejaron sentir su influencia sobre el naciente arte costarricense.

De pronto, como una explosión nos llega de Europa la voz bronca, polémica y autorizada, el talento extraordinario y la vocación inslayable de Max Jiménez Huete. El acento de aquella voz era también de renovación y de lucha. Max Jiménez, imbuído por las corrientes actualísimas que se debatían en Europa los veintes y los treintas, actor él mismo en ese drama, fue no solamente un innovador en nuestro medio, sino que una verdadera avalancha incontenible de vitalidad impulsiva en el desarrollo de nuestra plástica. Trabajó mucho y ayudó mucho, este es su signo en este comentario.

Como es natural, de entonces acá las cosas han cambiado bastante al interponerse la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial, los descubrimientos científicos, la conquista del espacio, Hiroshima y los campos de concentración que barrieton con los últimos resabios de la “Belle Epoque” que anacrónicos y caducos aún prevalecían en nuestro medio provinciano y tranquilo. El espantoso baño de sangre y de ignominia sacude hasta lo más íntimo las fibras de la humanidad. Jamás la vida humana llegó a despreciarse y a humillarse más, jamás el hombre llevó al hombre a tal grado de ignominia. El totalitarismo político y militar impiden al hombre manifestarse libremente y el hombre, temeroso y asqueado se refugió en sí mismo. El mundo de la figuración que le rodeaba era nauseabundo y despreciable, horrendo e injusto. Bombarderos, desolación, hordas de niños y de jovencitos vagando desorientados por entre las ruinas huérfanos de padres, de principios, de dignidad, ¿cómo a iban a tener si abrieron sus ojos al mundo viendo solo el asalto, la rapiña, la prostitución de inocentes niñas por conseguir un pedazo de pan o un refugio transitorio y abyecto, soldadescas desenfrenadas y atribiliarias disputándose los escombros y siempre ante ellos la muerte, una muerte sin gloria, una muerte vile inútil? Es aquí precisamente donde se origina esa juventud rebelde que desprecia odia e irrespetea, una juventud que cobra a la vida el precio de haber nacido sin Dios y sin ley, Dios y ley que sólo un mundo limpio y nuevo podrá imponerles y hacerlos amar. El artista no copió más ese mundo en derrota y se refugió en sí mismo para crear un mundo nuevo, su mundo interior, la idea intocable, el pensamiento invencible.

Toma entonces forma definitiva un arte que hacía ya años venía gestándose, la necesidad interior de Kandinsky reformada y corregida, condicionada por la realidad ambiente, la abstracción. Históricamente podría demostrarse que el arte llamado abstracto es producto de dos guerras mundiales.

Y otra vez la ola incontenible, esta vez más fuerte que nunca llegó hasta nuestras playas y aunque no participamos directamente en ese espantoso capítulo de la historia, la resaca humana dejó también en nuestras playas ilesas materialmente, los residuos espirituales de la gran conmoción.

La nueva modalidad del arte apasiona a una nueva juventud también sensible y también rebelde procedente de la post-guerra, juventud histórica a pesar suyo y se inicia una nueva fase en el arte costarricense. Pujante y prometedor filosóficamente universal, el nuevo movimiento logra colocar el nombre de Costa Rica en la geografía artística americana.

El despertar toma forma cuando los pintores Rafael Angel García y Manuel de la Cruz González muestran por primera vez a los ojos costarricenses (en este mismo Museo Nacional) las colecciones respectivas de sus obras abstractas. Recibidas con natural desconfianza por el gran público, la llama prende sin embargo en los jóvenes artistas como era natural y el movimiento de vanguardia comienza a tomar forma y los nombres y grupos se suceden en su defensa y cultivo,

Y así, surgen nuevos nombres, respetables valores que oscilan de la exquisita abstracción informal expresionista de Cortera y hermosa improvisación de Rafael Angel García pasando por el elogio a la materia de Carlos Moya y Alberto Berrocal, del dadaísmo surrealizante y poético de Teresita Porras expresado en collages de honda resonancia plástica, del surrealismo franco y atormentado de Rafael Fernández duliúdo en suaves grises cálidos y amables, del expresionismo decidido y vigoroso de José Luis López Escarré, la levedad automática y originalísima de los dibujos de Tanya Kreysa buceadora incesante en la búsqueda fructuosa de logros increíbles, por el expresionismo atormentado e irónico de tinte Dafquiano de Carlos Poveda, por el franco Op-art de Harold Fonseca, la depurada figuración de César Valverde o el expresionismo orientalizante y fino de Lola Fernández, (el primitivismo fauvista aunque inconsistente de Garita), los grabados de acabada técnica y recta intención plástica de Juan Luis Rodríguez, las búsquedas sinceras y tenaces de Floria Pinto y de Arroyo, los dibujos plenos de intimidad y dulzura de maternal de Sonia Romero, las campesinas remembranzas de los dibujos de Ricardo Ulloa, o el neo-plasticismo constructivo y concreto de Manuel de la Cruz González, la gama, el acorde plástico de la Costa Rica de hoy parece estar llegando a un clímax que se augura espléndido y glorioso y es deseable que así sea, así será por el engrandecimiento espiritual y cultural del suelo que nos diera sustento y alma.

Y no cabe duda, barridos los filibusteos, los que aún se debaten en los provincianos espejismos de la “belle époque”, superados los jóvenes viejos y los espíritus negativos que se capa de teorías dudosas lo atacan sistemáticamente todo, hasta lo que no entienden, olvidadas las burlas estultas y la incomprensión ignorante y audaz, los burgueses ñoños y los parlanchines

ex-cádra, el arte de vanguardia ocupará en Costa Rica el sitio que por derecho merece, escribiendo uno de los más brillantes capítulos de la historia del arte costarricense.

San Agustín, Aristóteles, Leonardo y Wilde, coincidieron: El arte no es lo que vemos, sino lo que sentimos y lo que hacemos. Repetir la naturaleza no es crear, es sojuzgarse, someterse a la esclavitud de la habilidad y el plagio.

Manuel de la Cruz González Luján
Septiembre de 1966



**MUSEO NACIONAL
DE COSTA RICA**

Notas para una historia de la pintura moderna en Costa Rica

Manuel de la Cruz González Luján

(San José, 16 de abril de 1909—22 de septiembre de 1986)

Boletín #24 de la Asociación Amigos del Museo. - Setiembre 6, 1966

MUSEO NACIONAL DE COSTA RICA

Transcripción y diagramación: Luis Morales (Moralegui)

Documentos del Museo Nacional de Costa Rica

©2021